


López Cambronero, Marcelo: *Salvemos la democracia: para entender la política hoy*, Madrid: Encuentro, 2023

Unai Buil Zamorano

Universidad Internacional de La Rioja (España) 

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.90052>

La constatación de nuestra incapacidad para entender la democracia actualmente es el punto de partida en la confección de la presente obra. El problema fundamental, en palabras del autor, es que “hablamos sobre política sirviéndonos de moldes que resultan ya inservibles [...] esquemas que hemos heredado de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial” (p. 11). La quiebra del paradigma de la Ilustración y del determinismo en la década de 1960 ha supuesto que “la modernidad [...] se ha terminado [...] y que] la política a su vez no puede dejarse llevar por un progresismo que es a todas luces ingenuo” (p. 26). No hay reglas fijas que se apliquen al mundo social, como tampoco las hay en el mundo físico; es más, para entendernos en nuestro universo actual hay que tener presente que “el mundo [...] tiende al caos” (p. 30). El dictamen de *Salvemos la democracia* es contundente: “la historia no está determinada ni puede estarlo, no progresa hacia lo mejor [...] lo que suceda en el futuro dependerá de nuestras decisiones [...] y de nuestra capacidad de interpretar el mundo” (p. 62). Que la democracia tiene futuro y debe tenerlo es un postulado básico de esta publicación: “algo debe tener la democracia cuando muchos países la detestan, la rechazan y, a la vez, se envuelven en su lenguaje y en su simbolismo” (p. 91).

Para avanzar en su argumentación, Marcelo López nos traslada a la dinámica del mundo de las ciencias naturales y de las teorías contemporáneas sobre el cosmos; mediante tal metodología, pretende ofrecer un paradigma interpretativo del mundo humano y social de manera renovada e integrada en su contexto ecológico. Y, de modo singular, se presentan de esta manera las bases para entender la democracia en su nuevo marco posmoderno sin ceder a lo peor de la Modernidad líquida. Ciertamente, a pesar de todo, las democracias contemporáneas, según esta obra, deben seguir bebiendo de las “democracias modernas [y sus principios...] que están relacionados con el desarrollo del liberalismo como corriente política” (p. 95). Un dato fundamental a este respecto es que “los nuevos descubrimientos científicos en los que predominan la indeterminación [...] las fluctuaciones [...] acercaban las ciencias naturales a las humanas” (p. 41). Por ello, los esquemas tradicionales de la ciencia

política y de la física clásica llega un momento en que resultan inservibles. Ciertamente, “una continua innovación y readaptación [...] es imprescindible tanto para la evolución como para la permanencia de la vida social” (p. 41). *Salvemos la democracia* nos insta a considerar que nada está prefijado rígidamente, tampoco en el marco de nuestra vida ciudadana y que la política sigue siendo relevante en tanto que acción humana significativa. La *polis* está en nuestras manos: “en las sociedades se suceden procesos de equilibrio [...], fluctuación, desorden [...] el nuevo equilibrio puede ser más justo y más humano o todo lo contrario” (p. 61).

Como el título del libro indica, *Salvemos la democracia* no celebra la muerte del sistema político liberal clásico, sino que promueve su transformación. Esta obra, mediante su curiosa metodología de apelar a “reflexiones acerca del papel de la ciencia contemporánea [...] solo desea ser una contribución a la causa de la democracia; pero no bajo la pretensión de que gobierne el pueblo” (p. 84). La reivindicación que hace el autor de este sistema de gobierno no se basa en defender el gobierno del pueblo, pues “si quien gobierna es la masa, obtendríamos como resultado una tiranía insostenible [...] tampoco nos engañemos a nosotros mismos: no tenemos ningún interés en gobernar” (p. 84). Por otro lado, la democracia contemporánea es posmoderna y post-ilustrada, pero también se sitúa en las antípodas del sistema ateniense. Así pues, ¿en qué debe radicar la fisonomía de nuestra actual democracia? López es claro: “llamamos democracia [...] al sistema político que nos asegura no tener que ocuparnos de los asuntos públicos, si así lo deseamos, sin que esto vaya en detrimento de nuestros derechos y libertades fundamentales” (p. 90). Más aún: “la democracia contemporánea no tiene como objetivo que el pueblo gobierne, sino precisamente lo contrario, *que pueda no ocuparse del gobierno*” (p. 90). De modo más específico, el autor trae a colación la aportación de pensadores como Robert Alan Dahl o Edmund Fawcett para perfilar los rasgos que ha de tener una democracia auténtica en nuestro universo actual y, en consecuencia, las directrices que debería seguir la actuación política que quisiera depurar la praxis democrática de la sociedad

contemporánea (véase pp. 93-104). En este sentido, aunque Marcelo López deja claro que “la democracia es un fenómeno social y político, no un principio matemático, así que evoluciona con los tiempos” (p. 95), también subraya que hay un fundamento inalterable en el corazón de lo democrático; tal fundamento es “una toma de conciencia de la necesidad de limitar el poder y, al mismo tiempo, de repartirlo dentro de la sociedad” (p. 104). En efecto, “el pueblo no gobierna y no quiere gobernar [...] pero sí quiere acaparar cada vez más y más poder” (p. 12). Por ello, “el gran reto actual de la democracia es conseguir métodos adecuados de reparto del poder que repercutan en el bien común” (p. 116).

El futuro de la democracia, según lo explica Marcelo López, pasa por una renovada comprensión de este sistema político, purificado sobre sus mismos fundamentos liberales modernos y con una conciencia especialmente viva sobre la noción de ‘poder’ y su reparto. No en vano, “el riesgo político de nuestro tiempo no es solo la intención del Estado [...] de conseguir el control de la sociedad. Tal

pretensión ha existido siempre. El verdadero peligro proviene de las posibilidades que proporciona para ello una sociedad hipertecnológica” (p. 128). Como consecuencia de lo anterior, la argumentación de López se dirige a recuperar criterios deliberativos y no algorítmicos para basar la construcción política, pues estos últimos no son neutrales, aunque lo parezcan, sino diseñados por personas con ideología. Por lo tanto, “hacer política es buscar lo verdadero, y para hacerlo hay que atender a las posiciones de otros” (p. 155). Al hilo de estos postulados, se desprende que la objetividad y la verdad deben seguir siendo valores de referencia, pues “si todo es relativo, si no existe ninguna medida que pueda servir de criterio para discernir el peso de los argumentos (como sí lo es la realidad), no cabe hablar de democracia” (p. 154). En suma: la posición del autor resulta opuesta al relativismo posmoderno, pues la pérdida de los valores nacidos de la razón ilustrada es susceptible, según Marcelo López, de hacer degenerar la democracia en tiranía, es decir, en una voluntad de poder sin cortapisas.